



Paco Ruiz, Carmen Alfranca y Miguel Ángel Álvarez, a las puertas del colegio mayor Pedro Cerbuna.



Teatro del colegio mayor, en el que se han grabado hasta programas de TV.

Miguel Ángel Álvarez recuerda perfectamente la primera vez que traspasó las puertas del Cerbuna. Corría el año 1979, en pleno fragor de la Transición. «Estaba ya añorando y me pareció un lugar muy lúgubre. Las farolas daban una luz muy tenue. Era un ambiente muy carcelario. Pero esa fue solo la primera impresión. Los años que pasé en el Cerbuna fueron los mejores de mi vida», cuenta el hombre, que vivió en este colegio mayor hasta 1985 mientras estudiaba Matemáticas en la Universidad de Zaragoza. «Yo venía de León a una ciudad nueva. Todo era nuevo. Guardo buenísimos recuerdos», relata.

Esos recuerdos son los que ahora revive al volver a entrar al edificio. Lo hace para guiar a EL PERIÓDICO en una visita a sus instalaciones con motivo del centenario del colegio mayor, el más antiguo de España que sigue en funcionamiento y que desde su fundación es parte de la estructura de la Universidad de Zaragoza. Le acompañan el director del cen-

Zaragozeando

El colegio mayor Pedro Cerbuna de la Universidad de Zaragoza se inauguró un 26 de febrero de hace un siglo. Hoy sigue siendo el lugar en el que muchos se enfrentan al «rito iniciático» de la vida adulta.

El templo de las primeras veces cumple 100 años



IVÁN TRIGO

tro, Paco Ruiz, y Carmen Alfranca, que trabajó en el Cerbuna durante 46 años como administrativa hasta que se jubiló hace dos años. Ella comenzó con 18 años, siendo una de las pocas mujeres que entonces entraban en el edificio, puesto que hasta finales de los 80 esta era una residencia exclusivamente masculina. «Al principio me daba vergüenza, pero nosotras estábamos en nuestra oficina. No nos enterábamos de lo que pasaba dentro del colegio. Ni nos queríamos enterar», ríe.

El edificio en el que actualmente se asienta el Pedro Cerbuna es la tercera de las ubicaciones que ha tenido a lo largo de su historia. El colegio mayor se inauguró oficialmente un 26 de febrero de 1925. Primero ocupó un inmueble en el paseo Ruiseñores, donde apenas residían unas decenas de alumnos. Después los colegiales se mudaron a un edificio situado entre la avenida Goya y Fernando el Católico. Y ya en los 50 se levantó la construcción en la que hoy en día residen más de 260 estudiantes.



Antiguo altar de la capilla del Pedro Cerbuna.



Pasillo de 'Las 100', la primera planta de habitaciones del colegio mayor.

Fotos: Josema Molina



Un grupo de colegiales ensayando en la sala de música del Pedro Cerbuna.

El ambiente, cuentan los tres guías de esta visita, ha cambiado de unas décadas a esta parte. Antes los espacios comunes eran el centro de todo. Las habitaciones no tenían televisión ni conexión wifi, lo que obligaba a «interactuar». Pero lejos de querer dar una imagen negativa sobre la juventud actual, el director del Cerbuna les defiende: «El alto grado de autogestión en el centro se puede dar gracias a la iniciativa de los colegiales, que se organizan en comisiones y organizan la vida en el colegio. Desde el comedor hasta los campeonatos deportivos, todo pasa por ellos».

Así, la vida en el Cerbuna ha cambiado porque la sociedad ha cambiado. Aunque las instalaciones no tanto. «Haría falta una reforma integral, pero hace falta mucho dinero y supondría tener el edificio cerrado durante dos años, así que vamos haciendo apaños paulatinamente», cuenta Ruiz. Lo último en renovarse han sido unos baños. «Vamos, no tienen nada que ver con los que yo tenía», dice Álvarez.

El leonés, años después de haber vivido en el colegio, se convirtió en presidente de la asociación de exalumnos, cuyo objetivo es «tener una excusa para seguir juntándonos», ríe. Pero además, y principalmente, esta organización ofrece becas y soporte económico para colegiales con dificultades económicas.

Álvarez llegó al colegio mayor en una época de despertar en la que España estaba despidiéndose de la gris dictadura para dar paso a los coloridos años 80. Entre otros muchos recuerdos que le llegan de aquella época uno lo guarda con mimo. «Aquí vivimos el 23-F. Recuerdo que estábamos todos en el vestíbulo escuchando la radio pendientes de lo que iba a pasar. Había un ambiente de incertidumbre tremenda. Debatíamos sobre lo que íbamos a hacer cada uno. Y me acuerdo de que justo en ese momento pasaron por la puerta del colegio unos camiones de basura y todos nos asustamos. Creíamos que eran tanques», rememora. Aquel día, por cierto, uno de los

protagonistas del 23-F fue un antiguo *cerbuno*. Landelino Lavilla, que aquel día vivió el intento de golpe de Estado como presidente del Congreso de los Diputados y que había residido en el colegio mayor zaragozano. Otro ilustre colegial, por cierto, fue Juan Antonio Bolea Foradada,

A lo largo de su vida, el colegio mayor ha tenido tres ubicaciones en la capital aragonesa

primer presidente de la Diputación General de Aragón.

En aquellos años, con la democracia todavía en pañales, el Cerbuna se ofrecía como centro cultural «ante la falta de espacios que había en la ciudad». El teatro del colegio mayor fue uno de los principales escenarios de enton-

ces. Aquí tocaron grandes de la canción como Labordeta, Carbonell y La Bullonera.

Ese teatro es el mismo en el que hoy se celebra el certamen de teatro universitario y citas como el Cerburock. El espacio sirvió también de plató de televisión para grabar el programa *A escampar la boira*, presentado por el ahora diputado de Sumar Jorge Pueyo.

En el edificio se conserva también, aunque ya no sirve como tal, el espacio de la antigua capilla. Antes se celebraba una misa diaria. Hoy un muro separa el espacio donde todavía sigue en pie el altar y la nave del antiguo templo, que hoy sirve como sala de estudio y sala de conferencias.

El edificio guarda mil y una anécdotas. La escalera helicoidal que une uno de los espacios comunes con la planta en la que está situada la cafetería — que está abierta a todo el mundo y que cuenta con una de las mejores terrazas de la *city* — fue fruto de una apuesta entre el que era el direc-

tor del centro en los años 50 y un arquitecto. Este segundo pidió una matrícula gratis si ganaba la partida de cartas que estaban compartiendo. Y el responsable del Cerbuna pidió el diseño de la escalera. Ganó el director.

Todo lo vivido en este edificio, tanto por Miguel Ángel como por los miles de alumnos que han pasado por sus habitaciones, no cabe en estas líneas. Pero opinan los tres protagonistas de este reportaje que lo que aquí se aprende debería ser «obligatorio para todo el mundo». «Es una especie de rito iniciático de la vida. Aquí ocurren muchas primeras veces: en el amor, en los estudios, viniendo fuera de casa, lavando tu propia ropa... La fiesta...», comentan. Y es que sí, confirma Álvarez, «divertirse era y es uno de los principios fundamentales de la vida colegial». «Pero no lo es todo —matiza Carmen Alfranca—. Es falso que esto sea una fiesta continua. Le dedican mucho tiempo al estudio. Y se aprende mucho». Larga vida al Cerbuna. ■



La terraza del Pedro Cerbuna es una de las mejores del campus San Francisco.



Escalera helicoidal que se construyó después de una apuesta.